

Muere lentamente quien no sueña

FLORENCIA ELUCHANS

Primera parte

París, diciembre de 1967

El ruido de una moto me despierta. Me froto los ojos, me pesan. ¿Dónde estoy? Un halo de luz se cuelga por la cortina. Miro alrededor. La habitación es pequeña. El color de las sábanas tan oscuro como el de los muros. Sonrío. «Ya llegamos», me digo, «ya estamos aquí». Me volteo en la cama y acaricio a Martín, suave, en la cabeza, para no despertarlo. El sonido de la moto se acentúa. Siento frío y el cuerpo cortado. Me pongo de pie y busco algo de abrigo. ¿Qué hora es? Me suenan las tripas. Me acerco a la ventana, acomodo las maletas a las que les cuelga una etiqueta que dice *fragile*, descorro la cortina y miro hacia abajo. Llueve. Después entiendo que la lluvia es algo tan usual aquí como fumarse un cigarrillo o tomarse una copa de vino. O sentarse por la tarde en un bistró. Los faroles de la calle iluminan las gotas de agua que golpetean los adoquines. Un hombre vestido de impermeable y una mujer de abrigo largo caminan de prisa bajo el cielo oscuro. Aquí, cada uno parece tan dueño de su vida. ¿Cuántos grados hacen? En Chile más de treinta. Pienso en nuestra llegada hace algunas horas, cómo me impresioné con el peso de la piedra de cada construcción y los palacetes del siglo pasado. ¿Imaginaba el Arco de Triunfo así o lo creía más grande? Durante todo el trayecto desde Orly pensé: esto es una obra de teatro. Me fijo en los techos de zinc de las casas de enfrente. ¿Dónde iremos a vivir? Unas ratas deambulan frente

a la *brasserie* en la que hace un rato comimos carne de ternera, pan y papas, entre sorbos de vino. Bastante vino. Imagino mi cara de extrañeza cuando el camarero me habló tan rápido que tuve que pedirle que lo hiciera más lento. ¿Les iré a entender?, me pregunto volviendo a sentir esa mezcla de confusión e ilusión que me invadió cuando escuchaba las conversaciones de las mesas de al lado. ¿Y ahora qué?, me pregunto mientras miro la calle desierta. ¿Qué espero de esta ciudad? En esta primera noche aquí, en París.

París, mayo de 1968

Martín duerme sobre la cama. Ayer se quedó hasta después de medianoche en La Maison de Danielle. El ambiente, como siempre, estaba enardecido. «Lo ocurrido en la universidad de Nanterre es importante», me dijo al enterarse horas antes de partir; «los derechos de los estudiantes son algo que en este país importa y está bien que se exijan así. Si De Gaulle no escucha, ¿qué otra cosa se puede hacer, Isabel?». Dany el Rojo es estudiante de Sociología, yo no sabía. Hasta ayer, para mí, Daniel Cohn-Bendit era un absoluto desconocido y creo que también lo era para la mayoría de este país. Pienso en el mío. En lo lejos que estamos. Lejos tanto en el mapa como en creencias y en convicción. Por algo nos vinimos. Aunque se nos haga difícil el idioma, el clima y la distancia, la mayoría de los días agradezco estar aquí. Doy otro sorbo al café con leche, dejo a un lado el plato con restos de migas y me fijo en los apuntes que tengo sobre la mesa. Tengo tanto que leer que otra vez he madrugado. Nunca me ha gustado levantarme cuando está oscuro, pero ahora que lo hago habitualmente me comienzo a acostumbrar. A veces pienso en la facilidad que tengo para adaptarme a las cosas y no sé si me gusta. No quiero que la vida me deje de sorprender. Recuerdo mi llegada a París, cómo contemplaba cada esquina, me maravillaba con cada construcción, me desbordaba de encantamiento. Y ahora que ha pasado algo de tiempo y siento

que pertenezco más a la ciudad, ya no me atrapa de la misma manera. ¿Será normal? De Martín no tengo duda. Cuestiona todo, desde que lo conocí. Y es soñador, eso sobre todo. Según él el problema es el ser humano actual. En su totalidad. Martín nos reformaría a todos. Acabaría con la guerra de Vietnam y con cada uno de los gobiernos fascistas. Son conversaciones que hemos tenido cientos de veces. Yo hablo con menos ahínco, él en cambio, es un apasionado.

—Madrugaste de nuevo —me dice abriendo un ojo desde la cama.

Lo miro estirarse sobre el colchón de una plaza. Me da ternura. Tiene el pelo enmarañado, entrelaza las manos tras la nuca.

—¿Cómo terminó la noche? —le pregunto sonriendo.

—Bah, lo mismo de siempre. Después de un rato, Antonio se apasiona demasiado.

Antonio es compañero de facultad de Martín y mío. Compartimos horas de estudio y de traspase. Ya lo quiero. Incluso me acostumbré a su timbre de voz.

—¿Cuántas veces dijo que Franco era un hijo de puta? —pregunto.

Martín se ríe. Se pone de pie, se me acerca despacio y me da un beso. Luego toma mi taza de café y bebe unos sorbos. Siempre hace lo mismo. Ya ni se lo reprocho.

—Me propuso que tomáramos un rol más activo como estudiantes —me explica—. Después de lo que pasó ayer, a mí me hace mucho sentido. No porque seamos extranjeros nos vamos a quedar de brazos cruzados.

No le digo nada. Pienso en Antonio y en su afán, desde que llegó de Madrid, de ser el portavoz de un movimiento de estudiantes extranjeros imaginario. Somos demasiado pocos.

—¿Crees realmente que podríamos involucrarnos? —le pregunto recelosa.

Deja la taza sobre la mesa y deambula por los catorce metros cuadrados. Viste la polera y los *jeans* de la noche anterior.

—Estamos proponiendo una junta para mañana. ¿Te animas?

Me da un beso en la boca y me ordena el pelo. Le digo que sí. No lo pienso demasiado. Luego me cuenta lo que conversaron

la noche anterior en La Maison de Danielle. Algunos de los que estaban ahí conocían de manera personal a Dany el Rojo. Es hijo de alemanes, me dice. «Inmigrante, como nosotros». Me habla con ese entusiasmo tan propio de él cuando algo lo despierta, lo pone en alerta y lo lleva a un lugar superior. Yo me doy cuenta por la manera en que se expresa: se acelera demasiado, se le erizan los pelos de los brazos. Luego hace una pausa y mira por la minúscula ventana hacia afuera. Imagino que está procesando lo que acaba de decir. Yo lo imito y también miro hacia afuera.

—¿Víctor y Susana se sumarán? —pregunto.

—Si hay vino, seguramente.

Nos reímos. Víctor y Susana son una pareja de argentinos que frecuentamos en el bar. Él también es compañero nuestro, habla tanto como Antonio cuando está borracho y es grandilocuente para todo. Ella lo acompaña adonde sea. Durante el día toma clases en un instituto de idiomas y por las noches nos recita las conjunciones de los verbos en francés. Le saca veinte centímetros de estatura a su marido y es la única que lo deja callado.

—¿Dónde están las aspirinas? —dice Martín—, me duele la cabeza.

La luz de la ampolleta, de pronto, tintinea. Escuchamos el ruido del viento.

—Junto al resto de los remedios. ¿Te los tomaste? Simula una sonrisa.

—Ponte una alarma o escríbete un recado en alguna parte —sugiero con un tono de voz elevado—, pero todos los días es lo mismo, Martín.

—Tengo clases a las nueve —dice cambiando de tema—. Me voy a lavar al piso de abajo, ¿vienes conmigo?

Le digo que yo me duché en uno de los baños del barrio hace dos días. Siempre que lo hago recuerdo el baño de mi casa en Chile con nostalgia. Hace cuatro meses que me vine a París. Aquí una ducha de agua caliente es un lujo difícil de obtener. Martín regresa cuando yo ya estoy lista. Se pone el abrigo y se enreda la bufanda al cuello. Siempre se la pone antes de salir. No sé cómo no se acalora. Yo en cambio me desespero. Odio abrigarme antes de tiempo. Bajamos las escaleras y soy yo quien

empuja la puerta del edificio hacia afuera. Un golpe de frío me da en la cara. Recién ahora me abotono el abrigo. Caminamos por la Cité Parchappe sin decirnos mucho. Me fijo en la fábrica de zapatos que hay en la esquina y en la imprenta que la sigue. Una decena de obreros se acopla en medio de la calle. Un tipo alto y barbudo les habla animadamente. Los demás asienten y luego gritan algunas palabras de aliento. Martín los saluda al pasar y yo imito su gesto. Se respira cierta euforia.

—Alguien tiene que liderar la junta de estudiantes extranjeros —afirmo.

Doblamos a mano derecha por una fábrica de herramientas. El olor a fierro quemado se cuele por las rendijas.

—Me gustaría liderarlo yo —dice él, serio. Tan serio que me llega a sorprender.

—¿No será mucho tiempo?

—¿Cómo?

—Que hacerte cargo de un grupo de estudiantes extranjeros para liderar una revolución ¿no te significará mucho tiempo?

—No exageres, Isabel, tampoco pienso liderar una revolución.

—Si lo haces tú, será una revolución.

Se ríe.

—Tú siempre vas a ser lo más importante —me dice—, si eso es lo que te preocupa.

Pienso en decirle que no le creo, pero no lo hago. Damos la vuelta por la Plaza de la Bastilla y tomamos el Boulevard Henri IV. Sabemos que el trayecto que haremos es largo, pero tenemos tiempo y así ahorramos en transporte. En cada uno de los quioscos, las portadas de los periódicos muestran lo mismo: la cara de Daniel Cohn-Bendit. La universidad de Nanterre es ahora la más famosa del país. Recuerdo cuánto nos costó llegar aquí, cada prueba que tuvimos que rendir para entrar a La Sorbona, cada trabajo de noche que tuvimos que tomar para ahorrar, tanto esfuerzo. Martín me toma la mano, atravesamos el Pont de Sully y me pregunto si ha valido la pena. Es una pregunta que me he hecho varias veces en las últimas semanas, no sé por qué. Abajo, en el Sena, pasea un *bateau-mouche*. Le suelto la mano a Martín y me detengo unos segundos a mirar la estela. Algo me

ocurre cada vez que estoy aquí, en el río. Es como si el sonido del agua me diera una calma que no encuentro en ninguna otra parte de esta ciudad. Martín me apura. Llegamos al otro lado del puente y nos damos la vuelta por Quai Saint-Bernard. A lo lejos veo a un grupo de estudiantes sentados en las escaleras de la fachada principal de la universidad. Casi todos fuman. Entre ellos están Antonio y Víctor junto a una chica a la que he visto varias veces en la biblioteca; nos hemos mirado de reojo, pero no hemos hablado. Nos apuramos a encontrarlos. «Lucía, mucho gusto», me dice y estira la mano para saludarme. Una cicatriz le divide la ceja derecha. Es una línea delgada, piel muerta sin pelos que podría resultar defectuosa e innecesaria. Pero no la veo así. Al contrario, hace que su cara no sea de una belleza perfecta, sino que de una original. No puedo evitar mirársela. Ella se da cuenta y sonrío. De pronto, se larga a llover.